

LA MUJER CRISTIANA

En el principio...

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Génesis 1.26–27).

El mejor lugar para comenzar un estudio es el principio, el cual, en el caso del tema que nos ocupa, es el libro del Génesis. Son dos ideas importantes, relativas a nuestra consideración del designio de Dios para las mujeres, las que aparecen en Génesis 1.26–27. La primera es que la palabra hebrea *adam*, que se traduce por “hombre”, se usa en estos dos versículos en el sentido general de “humanidad”. Dios dijo: “Hagamos al hombre [*adam*]”; luego el pasaje dice que “los creó”, “varón y hembra” los creó. Si se hubiera usado la palabra “varón”, en lugar de la palabra “humanidad”, se habría usado la palabra *ish* (una palabra que significa “masculino”, “esposo”, y algunas veces, “un individuo”). El estar percatados de esta distinción de las palabras hebreas nos ayuda a entender que no fue sólo al hombre al que se le dio señorío en los peces, en las aves, en las bestias y en todo lo que se arrastra sobre la tierra, sino que ese señorío se le dio también, en Génesis 1.28 a *adam* —esto es, a la gente, lo cual incluiría a la mujer también. Dios no le dio más señorío al hombre que a la mujer, sobre lo que Él había creado. La tarea y privilegio de señorear en todo lo que Dios había creado les fueron dados tanto al hombre como a la mujer.

La segunda idea es que todos nosotros, “varones” y “hembras” de la creación de Dios, fuimos hechos a imagen de éste. El hecho de que Dios sea Espíritu

(Juan 4.23–24), sin forma corporal, significa que Él no nos creó a semejanza corporal suya. En el tiempo presente, nuestros cuerpos tienen “la imagen del terrenal”, lo cual debe significar que nuestros cuerpos físicos no tienen la imagen de Dios. Cuando seamos resucitados, nuestros cuerpos traerán “la imagen del celestial” (1 Corintios 15.49). En ese momento, él será un “cuerpo espiritual” (1 Corintios 15.44) semejante a los cuerpos espirituales de Dios y de Jesús (1 Juan 3.2; Filipenses 3.21). Los seres espirituales, tales como los ángeles (Hebreos 1.13–14), carecen de sexo (vea Mateo 22.30), lo cual debe significar que Dios, quien también es Espíritu, carece de sexo. Dado que esto es así, no se debe considerar que el hombre sea más semejante a Dios que la mujer, ni en lo físico ni en lo espiritual.

Dios nos creó a Su imagen; Él nos hizo con una naturaleza espiritual como la suya, la cual incluye el intelecto, las emociones y los sentimientos. De todo lo que Dios creó, la humanidad es la única que tiene las huellas de la imagen espiritual de Dios. Aunque Dios no creó a las mujeres con la misma fortaleza física que la del hombre, Él les dio a ellas Su propia imagen —su composición espiritual, la misma imagen que les dio a los hombres. En su composición corporal, los hombres y las mujeres fueron creados diferentes, pero en su naturaleza espiritual fueron hechos idénticos. Fueron hechos a la imagen de Dios. Ni uno ni otro es superior ni inferior al otro, en cuanto a su composición espiritual.

¿COMPAÑERA O SIERVA?

¿Creó Dios a las mujeres para que sirvieran como siervas ayudantes de los hombres? Hay algunos que entienden que la frase “ayuda idónea”

de Génesis 2.18, 20, significa que la mujer fue hecha para servir de ayudante del hombre, una cuyo único propósito fue llenarle las necesidades a éste. Esta es una conclusión desafortunada.

El significado de *neged* —que se traduce “idónea”, “apropiada” o “adecuada”— es probable que sea “correspondiente a” (tal como se traduce en la NASB en una nota al pie de página), o “comparable con” (New King James Version). Esta parece haber sido la conclusión respecto a Eva, a la cual llegó Adán, pues dijo: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Génesis 2.23).

Ninguno de los animales fue comparable con Adán; no fueron compañeros idóneos para él. No podían ser partícipes del mismo nivel espiritual de él, no podían asociarse con él en un nivel social, no podían proveerle compañerismo sexual apropiado ni podían ayudarle a procrear. Él necesitaba a una mujer, a una persona que le correspondiera a su naturaleza y composición corporal, intelectual y emocional. Dios creó a la mujer como la compañera perfecta para Adán, con el fin de que el hombre y la mujer pudieran llenarse las necesidades el uno al otro.

Puede que la idea que a menudo se ha reiterado sea cierta: Dios no tomó a la mujer de los pies de Adán, para que no la pisoteara, ni la tomó de su cabeza para que ella no se enseñoreara de él, sino que la tomó de su costado, para que ella fuera compañera suya. No hay nada en Génesis que sugiera que una mujer deba ser considerada inferior al hombre ni que deba ser dominada por el hombre. Dios creó a la mujer para que llenara la necesidad del hombre, para una clase especial de compañerismo.

EL ORDEN NATURAL

La creación de la mujer como contraparte del hombre tiene otras repercusiones. En lugar de crear a otro hombre como compañero de Adán, Dios creó a la mujer. El orden de Dios es que el hombre “dejará... a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2.24).

El propósito de Dios al crear a la mujer era que ella fuera compañera sexual natural de él. No era la intención que ella fuera para otras mujeres. Dios la creó para el hombre, para que éste la tuviera como su compañera sexual y no a otro hombre. Pablo recalcó que este es el orden natural de Dios. Él escribió que los excesos pecaminosos de los gentiles eran contrarios al diseño de Dios: “Pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, come-

tiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío” (Romanos 1.26–27). La ley dada a través de Moisés declaró: “Si alguno se ayuntare con varón como con mujer, abominación hicieron; ambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre” (Levítico 20.13). Dios creó al hombre y a la mujer para ser compañeros el uno del otro. Él no creó hombres como compañeros sexuales para hombres ni mujeres como compañeras sexuales para mujeres.

LA HECHURA REFLEJA LA FUNCIÓN

La función de los hombres y de las mujeres en su relación está implícita en su hechura. Las palabras de Pablo en 1 Corintios 6.13a, pueden ser indicio de que los cristianos de Corinto habían hecho una mala aplicación. Estaba diciendo una verdad fácilmente reconocible cuando les escribió: “Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas”. Podemos determinar el uso que Dios se propuso que el estómago tuviera al observar su uso funcional, así como también podemos determinar el uso correcto de otras partes del cuerpo humano, y el uso funcional de otras cosas creadas por Dios.

Al observar cómo es que los hombres y las mujeres logran su óptimo desempeño, podemos determinar algunas de las funciones que Dios se propuso que ellos y ellas tuvieran. No necesitamos revelación, aunque ésta es dada, para llegar a la conclusión de que son las mujeres, no los varones, las que han de dar a luz hijos (1 Timoteo 5.14). La hechura y naturaleza de los hombres y de las mujeres determinan, en muchos casos, los papeles que han de cumplir. No obstante, algunas veces nuestros propios prejuicios pueden causar que encasilemos a las mujeres y a los hombres en el cumplimiento de papeles que no son más naturales para uno que para el otro, tales como el cocinar, el limpiar la casa, o el trabajar en el jardín. Debemos tener cuidado de no formular restricciones que no imponen en ninguno de los sexos ni su hechura natural ni la revelación de Dios.

El hecho de que las mujeres no sean tan fuertes como los hombres (1 Pedro 3.7) no significa que sean incapaces de llevar a cabo actividades que demanden fuerza física, las cuales a menudo se consideran que son papeles masculinos. Del mismo modo, los hombres tienen la habilidad de manejar con destreza muchas actividades que requieren de habilidades además de la fuerza bruta, y las cuales por lo general se consideran responsabilidad de la mujer.

Tal vez la hechura misma de los hombres sea señal del propósito de Dios en el sentido de que ellos sean líderes. Los hombres tienden a tener voces más fuertes, más imponentes que las mujeres. En general, son más fuertes físicamente y tienen una mayor resistencia física. Ha habido avances tecnológicos recientemente, los cuales le han restado importancia a tales ventajas; no obstante, los rasgos masculinos les han dado a los hombres en general una ventaja para asumir papeles de liderazgo.

Los hombres y las mujeres cristianos tienen el derecho de procurar los papeles que difieran de aquellos establecidos por la sociedad. Aun así, el romper con los papeles tradicionales, por el sólo deseo de hacer ver que los cristianos tienen la libertad de hacer tal, sería poco sabio. El cristiano estaría de cierto violando la voluntad de Dios si sus obstinadas acciones obstaculizaran la causa de Cristo. Si el uso de la libertad cristiana destruye, en lugar de beneficiar a los demás entonces debe renunciarse a ella (1 Corintios 9.19–23), y especial-

mente si causa que un hermano tropiece. Pablo escribió: “Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece...” (Romanos 14.21).

CONCLUSIÓN

Toda forma de abordar el estudio de las relaciones y las responsabilidades de las mujeres, y de los hombres, debe darle consideración apropiada a los propósitos de Dios al crearlos. Algunos de éstos pueden determinarse por la hechura natural de los hombres y las mujeres. Otros deberán llegarse a conocer mediante el estudio cuidadoso de la revelación de Dios. ■

ALIENTO PARA LAS MUJERES CRISTIANAS

La mujer cristiana halla gozo y satisfacción en ser mujer. Ella es feliz de tomar el papel de mujer y dejar que su esposo sea el hombre. Ella pondrá en el cumplimiento de su papel su mejor empeño, dejándole a otros las tareas para las que no está hecha.

Una nota del autor

Este estudio es para investigar lo que la Biblia enseña acerca del designio de Dios para las mujeres en el hogar, en la iglesia y en la comunidad. No es un esfuerzo ni para defender ni para condenar la tradición, sino más bien, para conocer el mensaje de la palabra de Dios sobre este importante tema. Unámonos en el estudio, llenos de buena voluntad para con todos y sin mala voluntad para con persona alguna —y con una oración para que Dios nos ayude a entender el papel de la mujer desde la perspectiva de Él. Estudiemos cuidadosamente, y orando mucho, la revelación de Dios en cuanto a su designio para las mujeres.

No es el propósito del estudio degradar el estatus de las mujeres. Tengo el más alto respeto por ellas. Doy gracias de que he hallado mujeres que tienen habilidades superiores a las mías en muchos aspectos. Mucho de mi conocimiento anterior de la Biblia, y de mi respeto por las cosas espirituales, son el resultado de las enseñanzas de una mujer, mi madre.

Si a mi me correspondiera diseñar el orden del hogar y de la iglesia, es probable que se lo entregara todo a las mujeres, me apartaría y daría un suspiro de alivio. No obstante, si no entiendo mal la voluntad de Dios, no tengo el

derecho de descuidar mi responsabilidad de ser un líder.

Dios no se agrada si no cumplimos con los papeles que Él se propuso que cumpliéramos en la vida. Tampoco tenemos el derecho de asumir otros papeles que Dios no nos ha dado. Debemos dirigir en el campo que se nos ha asignado dirigir y aceptar papeles sumisos cuando la autoridad se le entrega a otros —aun cuando estemos en desacuerdo con los que tienen la autoridad o creamos que podríamos ser mejores líderes. Josué fue un gran líder del pueblo de Dios. Durante gran parte de su vida, no obstante, de él se exigió que se sometiera al liderazgo de Moisés. Todos los grandes han tenido que someterse a otros en ciertos momentos. No debemos ir más allá de la autoridad de Dios. Lo más alto que podemos subir en la vida es someternos a la voluntad de Dios, adorándole y obedeciéndole de corazón.

Oro porque los que estudien estas lecciones hagan que la voluntad de Dios en este asunto se convierta en el deseo constante de sus corazones. Debemos entender que “el obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15.22b). La obediencia y la sumisión a la voluntad de Dios, no a las costumbres ni a la cultura, deben ser nuestra meta. ■